

de eso determinó de vender á Cristo nuestro Redentor en aquellos treinta dineros que allí habia perdido. Dice San Agustín: «advertid que no se perdió Judas cuando vendió á Cristo; no comenzó entonces su mal, que de atrás lo traía; ya era ladrón, y estaba perdido, y seguía á Cristo solamente con el cuerpo, y no con el corazón (1).» Pues así tambien, cuando viéredes alguna gran caída de algún religioso, no penseis que entonces comenzó su mal, que antes estaba ya perdido. Mucho habia que solamente con el cuerpo estaba en la Religión, y no tenía espíritu, ni oración, ni exámen, ni se le daba nada de quebrantar las reglas: y de aquellos polvos nacieron esos lodós. Lo mismo nota San Gerónimo: «El infeliz Judas, el daño que creyó se le habia seguido de la efusión del unguento, lo quiso compensar con la venta de su Maestro (2).» Mirad á qué extremo de males llevó á Judas la codicia, y el comenzar á servir poco á poco, y el ser amigo de tener algo, para que temamos nosotros de comenzar á faltar, aunque sea en cosas pequeñas. Esto es lo que dice Job: «Antes de la presencia del enemigo, viene la pobreza (3).» Porque primero se empobrece y enflaquece el ánima con la muchedumbre de las imperfecciones y culpas veniales, y con la falta de oración y de los ejercicios espirituales; y de ahí viene á caer en las graves y mortales. El que anduviere con mucho descuido tragando imperfecciones, presto trágara pecados claros y manifiestos. Por eso guardémonos de dar esa entrada al demonio, y de ir perdiendo el miedo á las reglas y hacer poco caso de ellas. «Aprende, Jerusalem, que no sea que

(1) Aug. tract. 50, super Joann.

(2) Infelix Judas damnium quod ex effusione unguenti se fecisse credebat, vult Magistri pretio compensare. Hieron. in cap. 26 Matth. sup illa verba: Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?

(3) Faciem ejus praecedit egestas. Job XLI, 13.

mi alma se aparte de tí; no sea que te haga desierta ó inhabitable,» dice Dios por el Profeta Jeremías (1). Procurad de amoldaros á esta disciplina religiosa y á esta observancia que nos enseñan las reglas, porque por ventura no se aparte Dios de vos y os desampare, y así vengais á dar una caída grande.

CAPITULO VI.

De los bienes grandes que se siguen de guardar las reglas y hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas.

«Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque has sido fiel en lo poco, yo te pondré y levantaré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor (2).» En estas palabras de Cristo nuestro Redentor se nos declaran bien los bienes grandes que se siguen de ser uno muy diligente en guardar las reglas y en hacer mucho caso de ellas, aunque sea en cosas pequeñas y menudas. Será tan grande y tan aventajado el gozo y galardón que os darán por haber sido fiel y diligente en lo poco, que no dice que entrará en vos el gozo, porque no cabrá; sino que vos habeis de entrar en él y sobraré, como cuando entráis en una sala, que sobra mucho. Y en otra parte dice: «La medida del premio y de la gloria, que nos han de dar por eso, no es escasa, ni arrasada, sino medida colmada y superabundante (3).»

Pero veamos cuál sea la causa porque el Señor premia y levanta tanto á los que son fieles en lo poco. La causa es porque

(1) Erudire, Hierusalem, ne forte recedat anima mea a te; ne forte ponam te desertam terram inhabitabilem. Jerem. VI, 8.

(2) Euge, serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam: intra in gaudium Domini tui. Matth. XXV, 21.

(3) Mensuram bonam, et confertam, et coagitatam, et superfluentem dabunt in sinum vestrum. Lucae VI, 28.

en esas cosas pequeñas se echa de ver la fidelidad de uno y lo que hará cuando se le ofrezcan cosas mayores. Así lo dice el mismo Señor por San Lucas: «El que es fiel en lo poco, tambien lo será en lo mucho (1).» Es de notar que no dijo: «el que es fiel en lo mucho, tambien lo será en lo poco;» sino al revés; porque mas parece que se echa de ver la fidelidad de uno en lo poco que en lo mucho. Como la fidelidad de un despensero ó contador no se echa tanto de ver en que no le alcancen en cien ó mil ducados, quanto en que no le alcancen ni en un maravedí; y el buen criado y el buen servicial no se echa tanto de ver en las cosas grandes como en las pequeñas y menudas y que no habia obligación de hacerlas; y el amor y obediencia del buen hijo para con su padre no se echa tanto de ver en que le obedece en las cosas graves y de mucha importancia, quanto en que aun en las cosas muy menudas no quiere salir un punto de la voluntad de su padre, ni hacer cosa alguna en que le dé el menor disgusto del mundo. De la misma manera el buen religioso no se echa tanto de ver en que se guarda de caer en faltas graves y en pecados mortales, quanto en que es muy cuidadoso y diligente en el cumplimiento de todas las reglas y obediencias por pequeñas y menudas que sean. Pues por esto el Señor premia y levanta tanto á estos tales, y les hace tantas mercedes, y es tan liberal con ellos; porque ellos son liberales con Dios, que es lo que dice el Apóstol Santiago: «Acercaos vos á Dios y acercarse há él á vos (2).» Y quanto vos mas os allegáredes á Dios, y mas liberal os mostráredes con él, tanto él será mas liberal con vos, haciéndoos mayores mercedes y

favores. El que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar á Dios, no solo en las cosas de obligación, sino en las de consejo y de supererogación, y no solo en las mayores, sino tambien en las menudas, y en todo procura hacer lo mejor y mas perfecto y lo que entiende que es mas conforme á la voluntad de Dios, ese es liberal con Dios, y con ese es Dios tambien muy liberal.

Estos son los que priman con Dios y los que se llevan las mercedes y las ventajas, y los que crecen y medran, y se señalan sobre los otros en virtud y perfección: así lo vemos por experiencia. Algunos habemos conocido de estos, muy aventajados en espíritu y dones de Dios; y de otros habemos oido decir que con ser muy antiguos, tenían gran cuenta con la observancia y puntualidad de cualquiera reglita y de cualquiera obediencia, por mínima y pequeña que fuese, que eran ejemplo y confusión á todos; y por este camino los levantó y aventajó tanto el Señor. Aun acá en el mundo vemos que los que sirven de esa manera á los señores, desvelándose en darles contento en todo lo que pueden, grande y pequeño, ordinario y extraordinario, esos son los que les ganan la voluntad y los que se llevan las mercedes y favores. Pues así es tambien en la casa de Dios: á los que se hacen niños, humillándose y preciándose de la observancia de las cosas pequeñas y menudas de la Religión, á esos abraza Dios y los regala y hace muchas mercedes (1). Pero á los que se levantan á mayores, y van cobrando libertad, y hacen de los antiguos, y ya no se precian de esas cosas, sino antes se desdennan de ellas, pareciéndoles cosas de novicios, humillarlos Dios y echarlos de sí, conforme á aquello del Profeta: «Si me levantare á mayores, acázca-

(1) Luc. XVI, 10.

(2) Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis. Jacob. IV, 8.

(1) Sinite parvulos, et nolite eos prohibere ad me venire; talium est regnum coelorum. Matth. XIX, 14.

me, Señor, lo que al hijo que desteta la madre, la cual quita los pechos y la leche al niño, que es ya grande; pero al chiquito, tráele en los brazos, y dále el pecho. Pues si no me humillare como un niño, echadme, Señor, de vos, y despedidme, como la madre echa y despide de sí al niño que desteta (1). Y mas; al niño que destetan, pónenle acibar en los pechos, para que donde antes hallaba gusto y dulzura, halle despues amargura. Esa maldicion se echa tambien David, y alcanza á los que se alzan á mayores y se desdénan de ser niños y pequeños, que donde antes hallaban gusto y dulzura, en la oracion y en los ejercicios espirituales, hallan despues amargura, todo se les convierte en acibar.

Por lo cual dice San Gerónimo: «El que desea darse de veras á Dios y agradarle mucho, con tanto cuidado y solicitud anda en las cosas menores como en las mayores; porque sabe que aun hasta de una palabra ociosa y de un pensamiento ocioso ha de dar cuenta á Dios (2);» y entiende muy bien, que de las cosas menores viene uno poco á poco á caer en las mayores: y está cierto, que si él es fiel en lo poco, le premiará y galardonará Dios con lo mucho. Y asi ninguna cosa tiene por pequeña, sino de todo hace mucho caso. Y San Basilio, encargando esto mismo, dice: «De tal manera habeis de procurar poner los ojos en las cosas mayores, que no os descuideis en las menores. Ninguna falta, por pequeña que sea, la tengais en poco (3);» porque no hay

(1) Si non humiliter sentiebam, sed exaltavi animam meam; sicut ablactatus est super matre sua, ita retributio in anima mea. Ps. CXXX, 2.

(2) Mens Christo dedita, aequae, et in majoribus, et in minoribus, intenta est; sciens etiam pro otioso verbo reddendam esse rationem. Hier. epist. 3 ad Heliodorum.

(3) Studeto, ut majorum virtutum compos efficiare, neque minores tamen negligito.—Nullum omnino sit erratum, quod parvipendas, quamvis illud tenuissima bestiola minutius sit. Basii. in principio, tom. II. fol. 4, pag. 2.

enemigo, que despreciado, no sea muy perjudicial y nos pueda hacer mucho daño.

CAPITULO VII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En el cuarto libro de los Reyes cuenta la Sagrada Escritura de Naaman que era un hombre muy rico y poderoso y muy privado del rey de Siria, general de todo su ejército, pero estaba lleno de lepra. Oyó decir que en Samaria estaba un Profeta, Eliseo, que curaba y sanaba de todas enfermedades y resucitaba muertos. Alcanza favor y carta del rey de Siria para el rey de Israel, que le hiciese curar luego en llegando. Va allá á Samaria con grande aparato de caballos y coches. Llega á la puerta del Profeta Eliseo; entran los criados con el recaudo; el Profeta no salió, sino envíale á decir: «Decidle que vaya al Jordan, y se lave allí siete veces, y sanará (1).» Naaman enojóse grandemente con aquella respuesta. «Pensé, dice (2), que habia de salir el Profeta, y que con grandes ceremonias habia de invocar sobre mí el nombre de su Dios, y que habia de tocar con sus manos el lugar de la lepra, y que así me sanara; y ahora me sale con eso, que me vaya á lavar al Jordan. Como si no tuviéramos allá en nuestra tierra mejores aguas para lavarnos; vámonos, que para esto no teniamos que venir acá.» Y como diese la vuelta para tornarse á su casa, pareciéndole que aquella era cosa de poca importancia, que no habia que hacer caso de ella, sus criados, que debian de ser mas avisados, dicenle:

«Señor, aunque el Profeta os mandara una

(1) Vade, et lavare septies in Jordane, et recipiet sanitatem caro tua, atque mundaberis. IV. Reg. V, 10.

(2) Putabam, quod egrederetur ad me, et stans invocaret nomen Domini Dei sui, et tangeret manu sua locum leprae, et curaret me.—Numquid non meliores sunt Abana, et Pharphar, fluvii Damasci, omnibus aquis Israel, ut laver in eis, et munder? Ib.

cosa muy grande y muy dificultosa, la habiades de hacer por vuestra salud; ¿cuánto mas mandándoos una cosa tan fácil, como es ir á aquel rio, que está tan cerca, y lavaros en él (1)?» Convencióle la razon, y va allá, y lávase siete veces en el Jordán, y quedó sano de su lepra: quedó su carne tan limpia y fresca como la de un niño pequeño (2). Es de notar cómo en aquello que á él le parecia cosa pequeña y de poca importancia estuvo su salud. Lo mismo sucede en las cosas espirituales. En esas cosas pequeñas y menudas que nos dicen las reglas, está nuestra salud y nuestro aprovechamiento y perfeccion: como vemos tambien que la perfeccion de una imagen está en unos punticos y rayitas muy pequeñas. Pues si para alcanzar esta salud espiritual, y este aprovechamiento y perfeccion, os dijéramos que era menester hacer unas cosas muy arduas y dificultosas, por cierto que era mucha razon hacerlas: certe facere debueras, y que lo habiades de dar por muy bien empleado; ¿cuánto mas diciéndoos que la alcanzareis haciendo unas cosas tan fáciles? Y asi, el ser las reglas de cosas tan ligeras y pequeñas, no solamente no nos ha de ser ocasion de descuido, antes de ahí habemos de tomar ocasion para animarnos mas á guardarlas, viendo que en unas cosas tan pequeñas y tan fáciles está librado nuestro aprovechamiento y perfeccion.

Cuéntase en el libro de los varones ilustres de la orden del Cister, que tenian una regla estos monjes, que al fin de la mesa recogiesen las migajas del pan y las tomasen ó las echasen en algun plato. Aconteció una vez que un monje de aquellos, muy temeroso de Dios y muy observante

(1) Pater, et si rem grandem dixisset tibi Propheta, certe facere debueras; quanto magis quia nunc dixit tibi, lavare, et mundaberis? Ib.

(2) Restituta est caro ejus, sicut caro pueri parvuli. Ib.

de las reglas, habia recogido las migajas en la mano, y absorto y elevado con la leccion de la mesa, tenílas en ella; y estando en esto, hizo señal el prior para que se acabase la leccion y se levantasen. Entonces volvió sobre sí el monje, y hallóse perplejo, porque ya no habia lugar de comerlas, ni de echarlas en el plato, y muy confundido de la negligencia que habia tenido en la guarda de aquella regla, parecióle que no tenia ya otro remedio, sino ir á decir su culpa al superior y pedirle penitencia por ella; y guarda las migajas en su puño cerrado, y en acabando de dar gracias, váse á él, y postrándose á sus pies, manifiéstale la culpa que habia hecho y pídele penitencia de ella con mucha humildad. El prior dióle una reprehension conforme á la culpa, y preguntóle qué habia hecho de las migajas. Respondió: «Padre, aquí las tengo en la mano.» Mostrad. Estiende el brazo, y abre el puño, en lugar de las migajas halla unas perlas preciosísimas. Y nota allí el autor que quiso nuestro Señor dar á entender con este milagro cuánto le agradan los religiosos fervorosos que hacen mucho caso, no solo de las reglas graves, sino tambien de las pequeñas y menudas. Este ejemplo cuenta tambien Surio en la vida de San Odon abad (1), y dice que le aconteció esto á él, siendo súbdito, aunque él por su humildad lo contaba como cosa acontecida á otro religioso.

Cuenta Cesario (2) que en tiempo del emperador Federico vacó una de las abadías imperiales que solian proveer los emperadores. Y habiendo sido elegidos dos de los monges para ella, y no pudiendo concertarse, el uno de ellos ofreció al emperador Federico una gran suma de dinero, que habia allegado en el monasterio, porque le

(1) Surius, in vita S. Odonis, mensis novembr.

(2) Ces. lib. 6 dial., cap. 15.

eligiese. Recibió el dinero el emperador y dióle palabra de hacerlo. Mas despues, siendo informado que su competidor era muy buen religioso, sencillo y virtuoso y muy observante de sus reglas, tomó consejo con los suyos, qué modo tendria para elegir á este, que lo merecia, y dejar al otro. Díjole uno de los suyos: «Señor, yo he oido decir que estos monjes tienen regla de traer cada uno consigo la aguja con que se cose; pues cuando vuestra Alteza esté en su Capitulo, pídale prestada la aguja á ese, que es menos observante, como para limpiarse los dedos; y si no la tuviere, habrá buena ocasion para no darle la abadía, como á hombre que no guarda su regla.» Hizolo asi el emperador; y como no la tuviese, dícele al otro su competidor: «Padre, prestadme vos vuestra aguja: el cual, al punto la sacó, y se la dió.» Entonces el emperador le dijo: «Padre, vos sois buen monje, y por tanto, digno de tanta honra: yo tenia determinado de elegir á vuestro competidor; pero él se ha hecho indigno de eso, pues no guarda su regla; y bien se deja entender que quien se descuida y no hace caso de las cosas pequeñas, que mas se descuidará en las grandes.» Y con esta ocasion le quitó la abadía y la dió al observante de su regla.

Cuenta el mismo Cesario (1), que una matrona principal, queriendo dejar el mundo y tomar el hábito de Religion en un monasterio donde era vicario un monje llamado Florino, el dia de su despedida hizo un convite á sus deudos y conocidos, y con ellos convidó al dicho vicario. A los seglares se les servia carne, y al religioso pescado, porque conforme á su regla y á la obediencia que de ello tenia de su abad, no podia comer carne. Pero viendo él la car-

ne, fuéronsele los ojos tras ella, y con aquel apetito tomó con donaire un bocado de carne asada del plato del que estaba junto á él, y entrólo en la boca; pero por justo juicio de Dios, de tal manera se le atravesó el bocado en la garganta, que ni le podia pasar ni echar fuera. Y como se estuviese ahogando y ya vueltos los ojos para espirar, otro religioso compañero suyo que allí estaba, le dió una puñada tan grande en la cerviz que le hizo echar el bocado; y todos entendieron que aquello habia sido en pena y castigo de su desobediencia.

En la historia general de Santo Domingo (1), cuenta el P. Fr. Hernando del Castillo, que viviendo Santo Domingo en Bolognia, súbitamente una noche comenzó el demonio á atormentar á un fraile lego con tanta crueldad, que despertaron á los golpes y ruido los otros religiosos; los cuales por mandado de Santo Domingo le llevaron á la iglesia, y apenas podian con él diez frailes. Entrando por las puertas, de un soplo mató las lámparas, de suerte que quedaron todos á oscuras, y el demonio por mil maneras descoyuntaba al pobrecillo. El Santo le mandó en virtud de Jesucristo le dijese por qué le atormentaba y por qué habia entrado en él. A lo cual el demonio respondió: que porque la tarde antes habia bebido sin licencia y sin echar la bendicion, yendo contra los establecimientos de la orden. Estando en estas pláticas tañeron á Maitines, y el demonio dijo: «no puedo estar mas aquí, que ya los capillados se levantan á alabar á Dios.» Y dejó al fraile medio muerto y tan molido y quebrantado que hasta otro dia no pudo tenerse en pié ni menearse. San Gregorio cuenta (2) otro ejemplo semejante de una monja que comió

(1) Part. I, lib. 1, cap. 60 de la historia de la Orden de los Predicadores.  
 (2) Greg. lib. 1 dialog., cap. 4.

(1) Cesar. lib. 4 dialog., cap. 39.

de una lechuga sin echar la bendicion, y luego entró el demonio en ella.

CAPITULO VIII.

De algunas otras cosas que suelen ser causa de faltar en las reglas y del remedio para ellas.

Algunas veces el faltar en las reglas suele provenir de una cortedad y encogimiento, ó por mejor decir, inmortificacion, por la dificultad que uno siente en ir á pedir licencia al superior para aquello que sin ella no puede hacer, y asi será menester allanar esta dificultad. Yo no digo que no bebais y comais, ni hableis, ó que no tomeis ni recibais lo que el otro os quiere dar; sino lo que digo es que se haga todo eso con licencia. Lo que vos podeis hacer con bendicion de Dios y de los superiores, ¿para qué lo quereis hacer sin ella? Pero direis: «¿tengo de ir tantas veces al superior con cada niñeria? está ocupado, y enfadarse há.» Ese es el engaño que querria yo ahora quitar: no solo no se enfadan los superiores de eso, sino antes esa es una de las cosas con que mas se consuelan y edifican, porque ese es su oficio. Y estima tanto la Religion que vos seais muy obediente y que no hagais cosa alguna sin licencia, para que asi aprovecheis y merecais mas, que tiene por muy bien empleado el tener un superior y otro, cuyo oficio sea daros licencia para todo lo que fuere menester. Pues sabiendo ellos que ese es su oficio, y que para eso les ponen en él, claro está que no se han de enfadar, sino holgar, de que vos acudais á ellos. Como no se suelen enfadar los mercaderes y oficiales, de que se les ofrezca ocasion de ejercitar sus oficios; antes, mientras mas corre el oficio, y mas merchantes acuden á ellos, mas se huelgan. Asi lo hacen tambien los buenos superiores; y pensar vos lo-

contrario de alguno de ellos, es no tenerle por buen superior.

Mas: ¿cómo se ha de enfadar el superior de que acudais á él á pedirle licencia para aquello que él sabe no podeis hacer sin licencia? Si fuérades á él con algunas impertinencias, ó con algunas cosas escusadas, pudiérades temer que se enfadara; pero en lo que hay regla espresa, antes se huelga mucho, porque es gran contento ver que sus súbditos andan tan observantes en las reglas y tan puntuales en la obediencia, y que hacen caso de cosas muy pequeñas y menudas. Y por el contrario, el no acudir á ellos con esas cosas, es lo que sienten los superiores y lo que les da mucha pena, por ver que va uno cobrando libertad y exencion, y se atreve ya á hacer esas cosas sin licencia, como si no hubiera en casa superior á quien poder acudir, y como si no hubiera regla que tratara de eso. Esto es razon que sienta el superior, como buen padre que desea nuestro bien y se duele de nuestro mal: y asi esto es en lo que habiamos de tener la dificultad, por no dar este disgusto á los superiores.

De aqui se infiere tambien que asi como decimos que no tiene uno de qué tener empacho de ir al superior á pedirle licencia para aquello que él sabe que es regla y que no lo puede hacer sin licencia, asi mucho menos habemos de tener empacho en decir á nuestro hermano que no tenemos licencia para lo que él sabe que es regla y que no lo podemos hacer sin licencia. Este es un aviso de mucha importancia, porque algunos suelen quebrantar algunas reglas, por no mortificarse en decir «no tengo licencia para hablar, ó para recibir eso que me dais.» Algunas veces se quieren estos escusar, diciendo que, por no mortificar al otro, pasaron con eso, y no se atrevieron á decir que no lo podian hacer. Eso es juzgar al otro de poco religioso y de